

Mundo, trabajo y santificación

Mercedes Rovira

Así como está fuera de nuestro alcance concentrar en un instante el arco de toda la historia, o abarcar al firmamento con una mirada, tampoco caben en nuestra mente finita de razonar temporal, los innumerables signos, gestos y realidades con los que Dios nos habla.

Sin embargo, la riqueza que va desgranando el exégeta al explicar las Escrituras, el colmado sentido de cada rúbrica en la Liturgia, las incontables estrellas de una noche oscura, hacen más cercano a Aquel a quien no entendemos. No podemos retener esa omnipotencia divina que se vislumbra en distancias inmensas y gestos de amor. Incluso cabría la desatinada pregunta por su verdadero objetivo: ¿estos signos estarán dirigidos a que mentes limitadas capten algo más, o habrá que interpretar esos despliegues magnánimos como una simple dádiva ornamental? Porque quizás las luces del cielo podrían ser sólo eso: omnipotencia volcada para hacer más acogedora la oscuridad, haciendo que el hombre sienta en ella la amable paternidad del Todopoderoso.

“La grandeza de la vida ordinaria”¹ que Dios nos da está plagada de tesoros y belleza sobrenatural. Josemaría Escrivá de Balaguer recibió este mensaje de parte del Cielo y gastó su vida en abrir, para el resto de los siglos, esos caminos divinos de la tierra.

Muchas de sus homilías condensan esas luces en explicaciones sencillas, aptas para todo público. A su buena pluma se añade el difícil arte de titular: basta una frase acertada para descubrir que aquello rebosa de contenido. Son escritos que encienden y contagian su vigor sobrenatural.

La predicación de la Misa celebrada el 8 de octubre de 1967 en el *campus* de la Universidad de Navarra, está recogida bajo el título *Amar al mundo apasionadamente*². Esta homilía posee notablemente la virtud de

¹ Título de una homilía de Josemaría Escrivá de Balaguer recogida en el libro *Amigos de Dios*

² Esta homilía ha sido el documento más citado durante las sesiones del Congreso “La grandeza de la vida corriente” (Roma, 8-12 de enero de 2002), según el Prof. Dr. Pedro Rodríguez (cfr. su ponencia “La santificación del mundo en el mensaje fundacional del Beato Josemaría”, en el XXIII Simposio Internacional de Teología, Pamplona, 10 de abril de 2002).

transmitir lo genuino de la secularidad. Intentaremos reflexionar sobre su texto, aunque –como hemos adelantado- el título por sí solo explica mejor que muchas palabras la realidad riquísima que Josemaría Escrivá abordó en dicha ocasión.

El camino del mundo común

Hemos leído repetidas veces en los escritos de Escrivá de Balaguer que el mundo es bueno porque ha salido de las manos de Dios³. Y al recordar el relato del Génesis, efectivamente lo encontramos como obra suya⁴. ¿Cabría dudar, entonces, que esa parte puramente material de la creación, pudiera quedar fuera de todo lo contenido entre el Alfa y la Omega que es Dios? El mundo material, como todo lo creado, refleja a su Creador. Es *expresión* de Dios.

En ese mundo que salió de las manos de Dios como vestigio suyo vivimos los hombres. Si él no nos conduce a Dios, se deberá a alguna intervención que no estaba en su origen como creatura. Hemos oído y leído a Josemaría Escrivá aclararnos que si el mundo se encuentra desviado de su plan originario, se debe al afeamiento que en él causa el pecado⁵.

Sabemos que bastó la primera pareja en el mundo, para lograr esa escisión que el pecado produce en toda creatura: cuando consciente y soberbiamente nuestros primeros padres se enfrentan a Dios, su pecado supone la desviación radical de toda la naturaleza humana existente en ese momento de la voluntad divina, arrastrando consigo a las criaturas inferiores –el mundo material- que no puede pecar porque carece de voluntad.

Así como el pecado desune, separa y borra la imagen, el amor une y repara más fuertemente. Soldando, convierte en uno solo aquellos que eran dos distintos: *“Pidamos hoy a nuestro Rey que nos haga colaborar humilde y fervorosamente en el divino propósito de unir lo que está roto, de salvar lo que está perdido, de ordenar lo que el hombre ha desordenado, de llevar a su fin lo que se descamina, de reconstruir la concordia de todo lo creado”*⁶. Como el mundo, por sí solo, no puede reconducir a Dios como en el plan inicial, las huellas amargas del pecado deben ser retiradas por el amor que el hombre reinserte

³ *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 114.

⁴ Gen 1, p. 7 ss.

⁵ *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 114.

⁶ *Es Cristo que pasa*, n. 183.

en él⁷. El hombre –participando de la mediación de Cristo– es el que puede hacer una transfusión de amor al mundo: es parte del mundo y a la vez mantiene su vinculación de amor a Dios. Reintroducir el amor en el mundo es la tarea del cristiano; él es el pontífice entre Dios y el mundo: *“Se comprende, hijos, que el Apóstol pudiera escribir: todas las cosas son vuestras, vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios. Se trata de un movimiento ascendente que el Espíritu Santo, difundido en nuestros corazones, quiere provocar en el mundo: desde la tierra, hasta la gloria del Señor”*⁸.

Trabajo como encrucijada

El cristiano, a su vez, en los designios de Dios Creador y Redentor, rebosa amor. El mismo Amor que circula entre la Santísima Trinidad, es constitutivo del hombre que se encuentra en este mundo terreno. El cristiano, al adherirse con voluntad propia a la de su Creador, realiza sus acciones con ese mismo principio operativo. Ama y desea unirse al ser amado, quiere identificar su voluntad con la de Dios, que la suya sea una sola con la de su Creador. Sus acciones son una continuación de las de Cristo por la identificación que en la criatura obra la gracia. *Cristo presente en los cristianos* titula de modo gráfico Escrivá otra homilía para explicar esta unión impresionante de la vid y los sarmientos.

Esta criatura humana va por la vida divinizando todo lo que toca⁹, si es que permanece unida a quien le da ese poder de estar ella misma divinizada: *“Por eso puedo deciros que necesita nuestra época devolver –a la materia y a las situaciones que parecen más vulgares– su noble y original sentido, ponerlas al servicio del Reino de Dios, espiritualizarlas, haciendo de ellas medio y ocasión de nuestro encuentro continuo con Jesucristo”*¹⁰. El trabajo en manos del hombre se convierte entonces en el punto de contacto, la vía por la que hombre interviene en el mundo transfiriendo el amor que habita en él, y logrando con el fruto de su esfuerzo sobre ese mundo, hacer resurgir los brillos divinos que reverberan ocultos en las realidades materiales: *“Sabedlo bien: hay un algo santo, divino, escondido en las*

⁷ Esta idea de reintroducir el amor de Dios en el mundo está inspirada en una de las Comunicaciones del Congreso *“La grandeza de la vida corriente”* (Roma, del 8 al 12 de enero de 2002): ALVIRA, Rafael, “Hacer Cristo al mundo”.

⁸ *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 115.

⁹ Josemaría Escrivá ejemplificaba muy pedagógicamente esta realidad utilizando el mito del rey Midas, que convertía en oro todo cuanto tocaba.

¹⁰ *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 114.

situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir”¹¹.

Responsabilidades de la secularidad

Vivir en el mundo para el hombre no es una circunstancia casual, ni un empalme forzado. Es su lugar. Ese espacio lo necesita para vivir; en él suceden tanto sus actos más íntimos como sus relaciones sociales, externas. Su intrínseca unión al mundo y todo lo que éste supone –familia, trabajo, descanso, participación política, solidaridad- forma parte de su vida. No se mueve en dos niveles paralelos, sino que su ser cristiano implica la conciencia de arrastrar consigo –de ponérselo al hombro- todo eso que compone el mundo, sabiéndose depositario del Amor de Dios y de la luz de la Verdad, para reconducir todo a su Creador: Recordando su predicación a la gente joven, por los años treinta, decía: *“Quería apartarlos así de la tentación, tan frecuente entonces y ahora, de llevar como una doble vida: la vida de relación con Dios, de una parte; y de otra, distinta y separada, la vida familiar, profesional y social, plena de pequeñas realidades terrenas”*¹². Así como sólo encaminadas hacia su verdadero fin -el Amor de Dios- las personas pueden ser felices, así también el mundo material, cuando tiende a su Creador por la acción del hombre, puede llegar a ser un “mundo nuevo”, glorioso: *“El auténtico sentido cristiano –que profesa la resurrección de toda carne- se enfrentó siempre, como es lógico, con la desencarnación, sin temor a ser juzgado de materialismo. Es lícito, por tanto, hablar de un materialismo cristiano, que se opone audazmente a los materialismos cerrados al espíritu”*¹³.

Este enfoque, que apasionadamente predicó el Fundador del Opus Dei, aleja cualquier temor al mundo. Es tan ajeno para el cristiano sentirse mundano –tender a las cosas del mundo para su satisfacción egoísta- como sacudirse la responsabilidad de los acontecimientos de su tiempo: *“No lo dudéis, hijos míos: cualquier modo de evasión de las honestas realidades diarias es para vosotros, hombres y mujeres del mundo, cosa opuesta a la voluntad de Dios”*¹⁴.

Ser ciudadano, trabajador, padre de familia, sano o enfermo, joven o viejo, son condiciones convertibles en cualidades de las que la persona no puede desprenderse; constituyen el entramado de su vida. Son modos determinados que le llevarán a realizar tales o cuales acciones, pero de las

¹¹ *Ibidem*.

¹² *Ibidem*.

¹³ *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 115 (el subrayado no pertenece al texto).

¹⁴ *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 114.

que no puede prescindir ni olvidarse porque los tiene como cosidos a su piel: "Jesús sabe exigir, colocar a cada uno frente a sus deberes, sacar a quienes le escuchan de la comodidad y del conformismo ..."¹⁵.

Josemaría Escrivá explicó de una forma y otra, incansablemente, que la unidad de vida que hemos de vivir los cristianos, es como el nervio que atraviesa nuestro itinerario espiritual. Como la savia, vivifica todo lo que hacemos, el momento en que lo ejecutamos y el lugar donde estamos. Es lógico que esto sea así, porque la *vida* que santifica es la *continuación*, participación de la única Vida de Cristo. El cristiano puede, por eso, "hacer Cristo al mundo"¹⁶.

Dios cuenta con que el cristiano, timoneando su voluntad libre, responda al amor que Él le tiene y se una a la redención del hombre y del mundo, desde las entrañas mismas de la sociedad civil. El abismo abierto por el pecado original ya ha sido superado por Cristo.

El cristiano ante las crisis mundiales

El hombre puede corredimir ayudado por la gracia. Pero –como vemos- también contribuye con sus pecados personales a separar al mundo, una y otra vez, del destino preparado por su Creador. El retorno a Dios no es lineal: ni en nuestra vida personal ni en la historia de las civilizaciones. Como somos ciudadanos de este mundo, tanto el rectificar en nuestra vida como corregir los continuos errores y monstruosidades de la Historia, transitan por la misma vía.

El hombre, que es temporal, muchas veces se compromete con un sí para siempre en su respuesta personal a Dios. Y ese *siempre* frecuentemente se diluye al instante. Su *sí* está lleno de interrupciones. Identificar su voluntad con la divina será una obra en la que a lo largo de toda la vida pronunciará una y otra vez el mismo *sí* comprometido en la voluntad, aunque devaluado en la acción. No dominamos nuestro propio futuro; pero tenemos confianza en que Dios irá hilvanando esas intermitencias para que construyamos un *sí global* a través de nuestros días, de tal forma que nuestra respuesta vaya teniendo mayor continuidad hasta hacerse permanente en la otra vida. Los santos también luchaban –bien sabemos- obteniendo hoy victorias y mañana derrotas. *La esperanza del cristiano* -otro de los títulos de las conocidas homilías de Escrivá de

¹⁵ *Es Cristo que pasa*, n. 109.

¹⁶ ALVIRA, Rafael, Título de su Comunicación en el Congreso "La grandeza de la vida corriente", ya citada.

Balaguer- es un reclamo a levantar la vista al Autor de la Gracia y no desfallecer.

Ciertamente estamos más acostumbrados a ser optimistas en la lucha personal –tal vez porque experimentamos en nosotros mismos la acción de la gracia- que ante los acontecimientos adversos del mundo. Clamorosos pecados de rebelión, indiferencia, desprecio al Creador por parte de unos seres insípidos que se idolatran a sí mismos y a los artefactos que fabrican. ¿Cómo de las crisis y del caos se desembocará en el reino glorioso de Cristo en este mundo? ¿Qué vueltas tendrá que dar la Historia para que de sus tortuosos caminos llegue a formarse un solo rebaño y un solo Pastor? No parece que lo previsto por Dios sea hacerlo surgir como un fenómeno espontáneo. Sabemos que cuenta el Señor con los trabajadores de su campo, empeñados en hacer crecer el trigo aún a sabiendas de que hasta el final de los tiempos no se verán librados de la cizaña.

Nos explica Jesús en la parábola que vinieron los sembradores del odio mientras los trabajadores dormían. Ya es inútil intentar separar el trigo de la cizaña. *Dejadlos crecer juntos* es la respuesta del amo cuando los trabajadores se disponen a arrancar las malas yerbas. Pero esa invasión no exime de batallar: no debemos caer nuevamente en el sueño cómodo. No podemos dedicarnos a la lamentación: *“Dejaos, pues, de sueños, de falsos idealismos, de fantasías, de eso que suelo llamar mística ojalatera ... y ateneos, en cambio, sobriamente, a la realidad más material e inmediata, que es donde está el Señor ...”*¹⁷. Hacen falta brazos para esta pelea terrena donde se ganan o se pierden las almas. Las *estructuras de pecado*¹⁸ están instaladas y en ellas tenemos que vivir en gracia personalmente. La *cultura de muerte*¹⁹ campea prepotente y si no defendemos y hacemos respetar la vida despreciamos el alto valor que le imprimió su Autor.

Esta tarea inmensa puede desconcertar a los “débiles del mundo”, a tal punto que podríamos preguntarnos: ¿querrá Dios que luchemos por conseguir estructuras civiles cristianas, o esta vida será un transcurrir en el que se trata de conseguir que almas entregadas reparen individualmente? *“Estas crisis mundiales son crisis de santos”*²⁰, oímos clamar al Fundador del Opus Dei. Grito que no nos deja indiferentes: apela a la santidad personal, y supone luchar por las dos cosas: la íntima unión con Dios, y la justicia en la sociedad humana. *“Un hombre sabedor de que el mundo –y no sólo el templo- es el lugar de su encuentro con Cristo, ama ese mundo, procura adquirir*

¹⁷ *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 116.

¹⁸ Juan Pablo II, Exhortación Apostólica *Reconciliatio et Paenitentia*, n.2 y n.16.

¹⁹ Juan Pablo II, Encíclica *Evangelium Vitae*, n. 3-24.

²⁰ *Camino*, n. 301.

una buena preparación intelectual y profesional, va formando –con plena libertad– sus propios criterios sobre los problemas del medio en que se desenvuelve; y toma, en consecuencia, sus propias decisiones que, por ser decisiones de un cristiano, proceden además de una reflexión personal, que intenta humildemente captar la voluntad de Dios en esos detalles pequeños y grandes de la vida²¹. Dejar de lado lo terreno, o utilizarlo únicamente como ocasión para ganar almas no responde al plan de Dios, que al sexto día –según narra el Génesis– vio que todo lo que había hecho era bueno. Su valor, además, bien confirmado está, pues aquí también tendrá lugar su segunda venida gloriosa. Los dos extremos están ligados y son una sola cosa: no hay santidad personal para un cristiano de la calle si no arrastra con ella todo lo que la calle implica: trabajo, ambiente, relaciones sociales, costumbres, respeto ordenado a la naturaleza, participación política, diversión; y, ante todo, primacía de Dios, de la persona, de la familia. *“Hijos míos, allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros amores, allí está el sitio de vuestro encuentro con Cristo. Es, en medio de las cosas más materiales de la tierra, donde debemos santificarnos, sirviendo a Dios y a todos los hombres”*²².

¿Cómo nos encontrará Cristo en su segunda venida gloriosa? ¿Será este mundo un campo invadido de cizaña o con el trigo bien crecido? No sabemos. Sí sabemos que batallar en este campo es la tarea santificante que tenemos hasta el fin de los tiempos²³. Es el transcurrir de nuestros días, comprometidos en hacer Cristo al mundo. Por tratarse de una misión difícil no podemos desviar la mirada y buscar refugio entre *los buenos*. Nuestro *ser pontífices* y llevar al mundo con nosotros se traduce en trabajar –donde sea– con conciencia de ciudadanos, con la responsabilidad de iluminar o –mejor dicho– desempolvar y dejar ver los brillos divinos que se encierran tanto en las realidades del mundo como en las actividades de los hombres: *“Y todo con naturalidad, como cualquier cristiano consciente, sin mentalidad de selectos, fundidos en la masa de sus colegas, mientras procuran detectar los brillos divinos que reverberan en las realidades más vulgares”*²⁴.

Sólo llevando a Cristo a las cosas del mundo, y éste a Cristo, se humaniza la vida del hombre y se respeta al mundo: *“En la línea del horizonte, hijos míos, parece unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria...”*²⁵.

²¹ *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 116.

²² *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 113.

²³ *Gaudium et Spes*, cap. III: todos sus números (del 33 al 39 inclusive) tratan directamente de esta misión de santificar el mundo: el hombre libremente debe lograr el reditus de lo que ha sido exitus de Dios.

²⁴ *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 119.

²⁵ *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 116.

Desde sus entrañas, *amar al mundo apasionadamente*. El anclaje que hace uno al hombre con el mundo, y lo une por amor –no por resignación ni mandamiento– es la secularidad²⁶.

Podemos entender como primicias –y a la vez paradigma– del mundo santificado, también con todos sus elementos materiales, que Dios haya dispuesto que sean *pan y vino*, frutos de *la tierra y del trabajo del hombre* –no de un solo elemento sino de los dos: realidad material y trabajo humano sobre la naturaleza–, los que se convierten en el Cuerpo y Sangre del Dios hecho Hombre.

La medida del hombre y su misión santificadora

El hombre, que había sido creado a imagen y semejanza de Dios, se apartó desde su origen del plan por Él trazado. Por muy alto que se encontrara en la jerarquía de lo creado, nunca hubiera soñado disparatadamente la reparación con que Dios, dueño y señor de todos los tiempos, interceptó esa transgresión fatal. Aquella naturaleza caída en desgracia, la tomó el Verbo haciéndola suya. Con la encarnación del Hijo de Dios, la naturaleza humana, atravesada por la propia eternidad, quedó ansiosa de infinitud. Las huellas de cada acción de Cristo-Hombre ya no podrán ser desligadas de la naturaleza con que las ejecutó: “... hablando con rigor, no se puede decir que haya realidades –buenas, nobles, y aun indiferentes– que sean exclusivamente profanas, una vez que el Verbo de Dios ha fijado su morada entre los hijos de los hombres, ha tenido hambre y sed, ha trabajado con sus manos, ha conocido la amistad y la obediencia, ha experimentado el dolor y la muerte”²⁷. El hombre, en lo más profundo de su ser, está llamado a identificarse con Cristo. Lo verdaderamente humano, después de asumida la humanidad por Dios, ya no es sólo humano; lo verdaderamente humano pasa por estar divinizado en Cristo: “...la cumbre del progreso se ha dado ya: es Cristo”²⁸. Resulta altamente impropio separar lo humano de lo cristiano después de la venida de Cristo al mundo, pues todo lo humano quedó transido de lo divino: “Cristo ... es el centro de la creación, Primogénito y Señor de toda criatura”²⁹.

²⁶ Según la teóloga alemana Jutta Burggraf, el término “secularidad” sólo puede comprenderse si se conoce el espíritu de Josemaría Escrivá. En ningún diccionario contemporáneo de ninguna lengua todavía ha sido definido (cfr. ponencia “Secularidad: reflexión sobre el significado de una palabra” en el XXIII Simposio Internacional de Teología, Pamplona, 10-12 de abril de 2002).

²⁷ *Es Cristo que pasa*, n. 112.

²⁸ *Ibidem*, n. 104.

²⁹ *Ibidem*, n. 105.

Las virtudes que llamamos *humanas* fueron vividas por Cristo. Está clara, pues, cuál es su medida: no la tienen. Adquieren la tendencia, siempre creciente, de identificarse con las acciones que Cristo realizó. Qué absurda resulta hoy –y así sucedió en tantos períodos de la historia- la pretensión humana de inculcar valores asépticos. De empeñarse en construir una justicia “perfectamente” humana prescindiendo de la mirada hacia la vida eterna. Hasta Aristóteles, varios siglos antes de Cristo, ya entendía como impracticable la justicia a secas. Es curioso ver cómo los hombres rinden veneración a la madre naturaleza en sus más mínimas expresiones, porque ¿cómo puede ordenarse un verdadero ecologismo desconociendo quién es su padre? La intención de querer construir aquí “ciudad permanente” con leyes, costumbres, formas de vida pactadas entre hombres que librados a su soberbia independencia –más que demostrado está en seis mil años de historia- a lo máximo que puede llegar, es a pasar la vida atrincherados, defendiéndose unos hombres de otros, llenos de temores y egoísmos. Acertó a decirlo muy bien Chesterton como colofón a su *Ortodoxia* y podríamos resumir así sus ingeniosos argumentos: “quitad lo sobrenatural y lo que quede ni siquiera será humano”³⁰.

Qué cínico pretender apropiarse de los resultados operativos –formas de conducirse, virtudes de la convivencia y de la solidaridad heredadas del Cristianismo- y llamar *acciones neutras* a esas que se pretenden conservar como disecadas, al extraerles su verdadero nutriente. Pobre empeño de una humanidad que rebusca en sí misma su sentido. Cegueras vacías tratando de envolverse en eufemismos elegantes, con tintes de avanzada³¹. Ignorancia de la verdadera cultura que la sustenta, al atreverse –en expresión coloquial- a *cortar la rama que la sostiene*.

Van pasando veintiún siglos desde la venida de Cristo al mundo –y de su permanencia desde entonces- y los cristianos seguimos trazando tímidos ensayos antropológicos que, en las ocasiones más audaces, traducen algo de aquella potente luz de la *Gaudium et spes*: “es Cristo quien revela al hombre el propio hombre”³². Creemos que Él ha redimido al hombre y resellado de Amor y divinidad nuestra naturaleza humana; pero permanecemos paralizados como pidiendo permiso para ofrecer –si alguien tiene la amabilidad de escucharnos- ese otro modelo, el verdadero. Es

³⁰ CHESTERTON, G.K., *Collected Works*, Vol. I, Orthodoxy, Ignatius Press, San Francisco, p. 340-345.

³¹ LLANO, Alejandro, *La vida lograda*, Ed. Ariel, Barcelona 2002, p. 47-50 (el filósofo Alejandro Llano ha comenzado a utilizar la expresión Antropología integral para indicar la necesidad de incluir los aspectos trascendentes en la comprensión del hombre).

³² *Gaudium et Spes*, n. 22. Es el texto del Concilio Vaticano II más citado por Juan Pablo II. Se puede afirmar sin ambages que el Sumo Pontífice ha convertido esta afirmación en la clave interpretativa de toda su Antropología.

deslumbrante, pero lo reservamos escondido. Paradojas de nuestra miseria y de nuestra débil fe.

Josemaría Escrivá de Balaguer nos empuja a hacer propio este mensaje que compromete la propia vida, y todo el amplio abanico de aspectos que –como vida secular que es– abraza cuando se entrega generosamente.

Contamos con la paciencia infinita de Dios con nosotros. Su amor constituye lo más profundo de nuestro ser. Pone en nuestras manos la posibilidad de corresponder según nuestra medida, pero haciendo –Él– inconmensurable nuestro aporte: *"... porque una vida santa en medio de la realidad secular –sin ruido, con sencillez, con veracidad– ¿no es acaso la manifestación más conmovedora de las magnalia Dei, de esas portentosas misericordias que Dios ha ejercido siempre, y no deja de ejercer, para salvar al mundo?"*³³. A los cristianos de hoy nos toca desplegar las velas de nuestra libertad y complicarnos la vida en este trajín del mundo nuestro, el de este momento de la historia, que es el mejor para nosotros porque para esta generación lo quiso Dios³⁴.

Probamos así la maravilla de la libertad, que sólo hace libres cuando se basa en la auténtica verdad³⁵. Y es verdad que ésa es la voluntad de Dios, que nos alienta antes de entrar en su Pasión: "En el mundo tendréis tribulación. Pero confiad: Yo he vencido al mundo"³⁶.

³³ *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 123.

³⁴ BURGGRAE, Jutta, op.cit., "Secularidad: reflexión sobre el significado de una palabra", comienza comentando las Cartas desde el Lago di Como de Romano Guardini, publicadas en 1927. El filósofo italo-alemán después de mostrar en ocho largas cartas la situación desesperantemente negativa del mundo de su tiempo, en la novena expresa un sí rotundo al mundo que le ha tocado vivir, explicando al sorprendido lector que eso es exactamente lo que Dios nos pide: Él mismo actúa en los cambios; tenemos que estar dispuestos a escucharle y dejarnos formar por Él. (Al año siguiente, 1928, Dios inspiraba a Josemaría Escrivá la fundación del Opus Dei).

³⁵ Jn, 8, 31-32.

³⁶ Jn, 16, 33.